

Sadeq Hedayat, nació en Teberán en el año 1903 y se suicidó en París en abril de 1951. Autor de obras de teatro, ensayos etnográficos y novelas, es conocido sobre todo por su novela But-e-kur (El buho ciego), su obra maestra, que pudo editar en Teberán en 1941. Se dio a conocer en Europa gracias a la traducción francesa La Chouette aveugle, obra maestra de la literatura persa del siglo XX, que fue recibida con entusiasmo por Breton, quien la comparó con Aurelia de Nerval, Gradiva de Jensen y Misterios de Hamsun. La primera traducción al castellano, El Buho ciego, es de 1992 (Hiperión).

*El texto que aquí publicamos, **Los antepasados del hombre**, pequeña fábula sobre el crimen y el poder, es la traducción de la edición francesa Les ancêtres de l'homme (Petite Bibliothèque en mal d'amer), traducida del persa por M.F. y F. Farzaneh.*

Los antepasados del hombre

Sadeq Hedayat, nació en Teberán en el año 1903 y se suicidó en París en abril de 1951. Autor de obras de teatro, ensayos etnográficos y novelas, es conocido sobre todo por su novela But-e-kur (El buho ciego), su obra maestra, que pudo editar en Teberán en 1941. Se dio a conocer en Europa gracias a la traducción francesa La Chouette aveugle, obra maestra de la literatura persa del siglo XX, que fue recibida con entusiasmo por Breton, quien la comparó con Aurelia de Nerval, Gradiva de Jensen y Misterios de Hamsun. La primera traducción al castellano, El Buho ciego, es de 1992 (Hiperión).

*El texto que aquí publicamos, **Los antepasados***

LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

*“En la mina de carbón, vi un fósil
que parecía una mano de mono”*

(Un obrero de las minas de carbón
de Chemchak, al norte de Teherán)

Desde hacía millones de años, la Tierra proseguía el pequeño trayecto que se había trazado. Durante aquel tiempo, la naturaleza estaba en constante ebullición. Las violentas tormentas, los truenos y los relámpagos, los huracanes y los terremotos eran su lote diario. De la cima del monte Damavand¹

¹ El volcán Damavand, con 5.671 m. de altitud, es la montaña más alta de Irán. (ndt)

LOS ANTEPASADOS DEL HOMBRE

*“En la mina de carbón, vi un fósil
que parecía una mano de mono”*

(Un obrero de las minas de carbón
de Chemchak, al norte de Teherán)

Desde hacía millones de años, la Tierra proseguía el pequeño trayecto que se había trazado. Durante aquel tiempo, la naturaleza estaba en constante ebullición. Las violentas tormentas, los truenos y

vegetación, siendo terreno predilecto de los animales salvajes, entre ellos un grupo de grandes simios recientemente instalados allí. Estos simios relativamente evolucionados (en el proceso evolutivo debían de representar el eslabón que unía los mamíferos al hombre), vivían en comunidades familiares por miedo a las grandes fieras. Dentro de este grupo había dos comunidades notoriamente mejor establecidas y que mantenían entre ellas una relación más estrecha.

La primera de entre ellas, la de Dahaqui, se componía de Ritiqúi, su vieja esposa, y de sus hijos más jóvenes, su hija Taqua y su hijo Zizi. El resto de la progenitura se había dispersado por la selva y nunca más se supo de ellos.

La otra familia, los Quiçaquiqui, tenía un porte excepcional: pelo canoso, semblante risueño, las mejillas hundidas, fuertes mandíbulas, la boca

salía un humo grisáceo que de noche se mudaba en llamas anaranjadas cuyo reflejo centelleaba en la superficie del lago vecino. La cadena montañosa que rodeaba este lago estaba tapizada de una densa vegetación, siendo terreno predilecto de los animales salvajes, entre ellos un grupo de grandes simios recientemente instalados allí. Estos simios relativamente evolucionados (en el proceso evolutivo debían de representar el eslabón que unía los mamíferos al hombre), vivían en comunidades familiares por miedo a las grandes fieras. Dentro de este grupo había dos comunidades notoriamente mejor establecidas y que mantenían entre ellas una relación más estrecha.

La primera de entre ellas, la de Dahaqui, se componía de Ritiqúi, su vieja esposa, y de sus hijos más jóvenes, su hija Taqua y su hijo Zizi. El resto de la progenitura se había dispersado por la selva

venerable extraordinariamente larga, y un morro inferior en exceso tembloroso. Su cuello espeso y muy corto se hundía en su pecho y sus brazos poderosos y viriles terminaban en unas manos muy largas. Su ancho pecho sobresalía dominando un grueso vientre abombado como sus nalgas. Caminaba con las rodillas flexionadas apoyándose sobre un bastón, pero erguía orgullosamente su cabeza adornada de un mechón de cabellos rojizo. Su hija la joven Vistsit tan solo se distinguía por el verde de sus ojos.

Antes de la llegada de Quiça, los simios llevaban una vida apacible: comían y se amaban. Sus preocupaciones cotidianas consistían en combatir el hambre, el celibato, la enfermedad, la vejez, y en luchar contra los otros grandes animales. Pero Quiça les inculcó una nueva noción: la envidia. Su ambición era convertirse en jefe de la tribu

amplia, largos dientes, grandes orejas redondas y los ojos color rojo Burdeos muy hundidos en el cráneo. El patriarca Quiçaquiqui poseía además una nariz aplastada bajo la cual pendía una barba venerable extraordinariamente larga, y un morro inferior en exceso tembloroso. Su cuello espeso y muy corto se hundía en su pecho y sus brazos poderosos y viriles terminaban en unas manos muy largas. Su ancho pecho sobresalía dominando un grueso vientre abombado como sus nalgas. Caminaba con las rodillas flexionadas apoyándose sobre un bastón, pero erguía orgullosamente su cabeza adornada de un mechón de cabellos rojizo. Su hija la joven Vistsit tan solo se distinguía por el verde de sus ojos.

Antes de la llegada de Quiça, los simios llevaban una vida apacible: comían y se amaban. Sus preocupaciones cotidianas consistían en combatir

Inválido, tuvo que ceder su posición de jefe a Quiça.



6

Dahaqui. A pesar de su larga barba, que atraía una multitud de simios respetuosos, no alcanzó su objetivo más que el día en que Dahaqui se rompió la mandíbula durante un combate contra dos tigres. Inválido, tuvo que ceder su posición de jefe a Quiça.



la matar a los tigres. Un día, se levantó temprano, se armó de un buen bastón y, acompañado de Quiça, se fue a la caza de los tigres. Las fieras, vestidas de amarillo con rayas negras, con sus enormes y poderosas garras, dormían en un estrecho paso. Al verlos, Quiça se subió a un árbol, mientras Dahaqui arrojaba una enorme piedra sobre los tigres, que golpeó a la hembra e hirió al macho en una pata. Aun herido, el tigre saltó sobre Dahaqui, pero éste lo esquivó ágilmente. El tigre cayó aplastado contra el suelo, lo que permitió a Dahaqui masacrar a las fieras a bastonazos. Pero durante la pelea Dahaqui se rompió la mandíbula.

Con todo esto llegó la horda de simios jubilosos y ebrios de alegría. Uno de los tigres tenía la cabeza rota y el otro los riñones destrozados. Sufría tanto que tumbó un árbol de una patada. Quiça, apercibiendo el grupo de simios se dio prisa en bajar del árbol donde se había refugiado durante

He aquí cómo se desarrolló esa historia. Apenas comenzado el invierno, dos tigres irrumpieron en el clan de Dahaqui, descuartizando a una docena de los suyos. Como jefe, Dahaqui se impuso la tarea de matar a los tigres. Un día, se levantó temprano, se armó de un buen bastón y, acompañado de Quiça, se fue a la caza de los tigres. Las fieras, vestidas de amarillo con rayas negras, con sus enormes y poderosas garras, dormían en un estrecho paso. Al verlos, Quiça se subió a un árbol, mientras Dahaqui arrojaba una enorme piedra sobre los tigres, que golpeó a la hembra e hirió al macho en una pata. Aun herido, el tigre saltó sobre Dahaqui, pero éste lo esquivó ágilmente. El tigre cayó aplastado contra el suelo, lo que permitió a Dahaqui masacrar a las fieras a bastonazos. Pero durante la pelea Dahaqui se rompió la mandíbula.

Con todo esto llegó la horda de simios jubilosos y ebrios de alegría. Uno de los tigres tenía la cabeza

yaboub. ouh. vab, vab.

Golpeándose el torso, avanzó al encuentro de los simios, repitiendo este grito modulado para atraer su atención. Con gran vileza se volvió hacia Dahaqui, el cual, con la boca llena de sangre, yacía en el suelo. “*¡Ya-ou-Kiki... Ya-ou Kiki!*”, gritaba “*yo maté el tigre... yo lo maté!*” Su mirada dio la vuelta a la asamblea que le testimonió su admiración, y desde entonces llamaron al valle “Quiçaquiqui Kiki”, “el valle de Quiça, el matador de tigres”. Fue así como Quiça se convirtió oficialmente en el sabio de la tribu.

Zizi se cargó a la espalda el cuerpo de su padre herido para llevarlo hasta un árbol donde lo tendió sobre las hojas, mientras Quiça, de la mano de su hija Vistsit, avanzaba bajo la mirada admirativa de los espectadores, con paso solemne, apoyado en su bastón, pues cojeaba.

el combate y se presentó como el héroe, haciendo resonar con sus dos puños su pecho como un tambor. Con voz potente aulló hasta ahogar los ruidos de la selva: “*¡Kha-ab-kha-ab-kha-ba-yab, yaboub. ouh. vab, vab!*”

Golpeándose el torso, avanzó al encuentro de los simios, repitiendo este grito modulado para atraer su atención. Con gran vileza se volvió hacia Dahaqui, el cual, con la boca llena de sangre, yacía en el suelo. “*¡Ya-ou-Kiki... Ya-ou Kiki!*”, gritaba “*yo maté el tigre... yo lo maté!*” Su mirada dio la vuelta a la asamblea que le testimonió su admiración, y desde entonces llamaron al valle “Quiçaquiqui Kiki”, “el valle de Quiça, el matador de tigres”. Fue así como Quiça se convirtió oficialmente en el sabio de la tribu.

Zizi se cargó a la espalda el cuerpo de su padre herido para llevarlo hasta un árbol donde lo tendió

a voluntad, clima delicioso...

Pero los simios presentían que un gran peligro les amenazaba. Se preveía una erupción del volcán Damavand. Los verdes pastos se volvían amarillentos y una espesa nube negra escondía el cielo. La tierra temblaba cada día con más fuerza. Con todo, los simios esperaban la decisión de su jefe Quiçaquiqui, sólo él daría la señal de partida.

* * *

Pasó el invierno sin que la herida de Dahaqui curara, y sin que él pudiera probar que Quiça le había usurpado su papel en la batalla contra los tigres. Peor aún, mientras su herida en la boca había cicatrizado, la del cuello se infectaba. Su hija lo cuidaba, lo despiojaba al sol, le masticaba los frutos que le traía Zizi, alejaba las moscas de la herida y Zizi incluso llegó a llevarlo a su espalda hasta la

9

El valle de Quiçaquiqui era el más fértil de todos los valles de Damavand. Nueces, avellanas, nuez de coco, caña de azúcar, cacahuets, frutos dulces o ácidos, ásperos o amargos, plantas comestibles a voluntad, clima delicioso...

Pero los simios presentían que un gran peligro les amenazaba. Se preveía una erupción del volcán Damavand. Los verdes pastos se volvían amarillentos y una espesa nube negra escondía el cielo. La tierra temblaba cada día con más fuerza. Con todo, los simios esperaban la decisión de su jefe Quiçaquiqui, sólo él daría la señal de partida.

* * *

Pasó el invierno sin que la herida de Dahaqui curara, y sin que él pudiera probar que Quiça le había usurpado su papel en la batalla contra los tigres. Peor aún, mientras su herida en la boca había

der tiempo en compañía de su hija Vistsit. Esta, con sus verdes ojos, sus piernas sólidas, su vientre abombado y sus musculosos brazos, era considerada por los demás simios como una belleza; bastaba pronunciar su nombre para que se les hiciera la boca agua. Pero, dado el poder y la astucia de su padre, nadie osaba aproximarse a ella.

El único en rebelarse contra las leyes de la selva y en mofarse de la autoridad de Quiça era Zizi.

Zizi estaba enamorado de Vistsit y ella harta de la compañía de su viejo padre. De tal manera que exasperada por tener que soportarlo, con la puesta del sol, cuando los simios volvían a sus guaridas, ella huía con su amante de cuello robusto y brazos poderosos al bosque vecino, entregándose a los placeres del amor, fuera de los gritos interminables y terroríficos de Quiça. A su regreso, su padre le abroncaba gritando con grandes espavientos.

fuelle para refrescarle la cara. Dahaqui esperaba, como todos, su muerte.

Durante este tiempo, Quiça se volvía cada vez más autoritario. Daba las órdenes y pasaba el resto del tiempo en compañía de su hija Vistsit. Ésta, con sus verdes ojos, sus piernas sólidas, su vientre abombado y sus musculosos brazos, era considerada por los demás simios como una belleza; bastaba pronunciar su nombre para que se les hiciera la boca agua. Pero, dado el poder y la astucia de su padre, nadie osaba aproximarse a ella.

El único en rebelarse contra las leyes de la selva y en mofarse de la autoridad de Quiça era Zizi.

Zizi estaba enamorado de Vistsit y ella harta de la compañía de su viejo padre. De tal manera que exasperada por tener que soportarlo, con la puesta del sol, cuando los simios volvían a sus guaridas, ella huía con su amante de cuello robusto y brazos

los demás animales. Y, sin poder dormir, pasaba el resto de la noche mirando, a través de las ramas, el cielo donde resplandecían las estrellas. Sólo pensaba en Zizi. Intentaba imaginar en aquellas estrellas formas de animales y plantas, ingeniándose por descubrir sus secretos y, a través de ellos, su propia suerte.

Al cabo de algunos meses, Vistsit se quedó embarazada. Su padre, furioso, le declaró la guerra, pegándola y regañándola día y noche. Quiça se interpuso entre las relaciones de su hija con Zizi. Vistsit declaraba que su padre la había dejado preñada. Pero Quiça no se equivocaba, y ciertamente era el olor de Zizi el que a su hija embalsamaba. Así pues los amantes decidieron huir a un bosque lejano.

* * *

1 1

Vistsit se sentaba delante de su padre, solícita, con lágrimas en los ojos, el semblante hosco; todo su cuerpo desprendía tristeza. Llegó hasta perder la paciencia y hurló a todo pulmón haciendo huir a los demás animales. Y, sin poder dormir, pasaba el resto de la noche mirando, a través de las ramas, el cielo donde resplandecían las estrellas. Sólo pensaba en Zizi. Intentaba imaginar en aquellas estrellas formas de animales y plantas, ingeniándose por descubrir sus secretos y, a través de ellos, su propia suerte.

Al cabo de algunos meses, Vistsit se quedó embarazada. Su padre, furioso, le declaró la guerra, pegándola y regañándola día y noche. Quiça se interpuso entre las relaciones de su hija con Zizi. Vistsit declaraba que su padre la había dejado preñada. Pero Quiça no se equivocaba, y ciertamente era el olor de Zizi el que a su hija

en fusión, dando un aspecto fantástico a las grandes ramas. A lo lejos, extrañas sombras se introducían subrepticamente en los matorrales, deslizándose bajo los árboles, y se escondían. Se oía el susurro de las hojas. Se veía como la hierba ondulaba en olas sucesivas. Los chacales aullaban, las hienas reían con sarcasmo descubriendo sus blancos colmillos, y sus gemidos se transformaban en espantosos aullidos. El estrujamiento de las alas óseas de los grandes murciélagos y el rugido de los tigres creaban una atmósfera de terror entre los animales de la selva, particularmente entre los simios, que gruñían. Los predadores salían de caza.

Aquella noche, Zizi traía algunos frutos secos en una mano y una nuez de coco en la otra. Esperaba a Vistsit bajo un árbol a unos cien pasos de la guarida de Quiça. Masticaba sin apetito algunas vainas rojas, limpiándose la boca con el

Una tarde, cuando la desigual frondosidad de los árboles dejaba filtrar hasta el suelo el claro de luna, aparecieron de repente pesadas nubes, oscureciendo el cielo como una chapa de plomo en fusión, dando un aspecto fantástico a las grandes ramas. A lo lejos, extrañas sombras se introducían subrepticamente en los matorrales, deslizándose bajo los árboles, y se escondían. Se oía el susurro de las hojas. Se veía como la hierba ondulaba en olas sucesivas. Los chacales aullaban, las hienas reían con sarcasmo descubriendo sus blancos colmillos, y sus gemidos se transformaban en espantosos aullidos. El estrujamiento de las alas óseas de los grandes murciélagos y el rugido de los tigres creaban una atmósfera de terror entre los animales de la selva, particularmente entre los simios, que gruñían. Los predadores salían de caza.

Aquella noche, Zizi traía algunos frutos secos

trastornada, avanzaba cautelosamente. Cuando Zizi avanzó, la pobre Vistsit se espantó pensando que no fuera una serpiente o un animal peligroso, pero enseguida, al reconocerlo, se echó a sus brazos. “*Kha.ab-yah-yah-ouh-voh-voh*”, gritaba.

Un pájaro nocturno emprendió el vuelo. Vistsit presentía, por su instinto animal, que sus devaneos amorosos durarían poco pues su padre no tardaría en separarlos.

“*¡Waboû Waboû!*” la consolaba Zizi con voz dulce. “*Estoy aquí*” le susurraba abrazándola. Este gesto, imperfecto y torpe aún, desvelaba un sentimiento primitivo, una necesidad física, ya poética, romántica.

Zizi soltó a Vistsit para romper la nuez de coco contra el tronco de un árbol y virtió la leche en la boca de Vistsit, que la sorbió con gran apetito, tomando el fruto con las dos manos y enloque-

dorso de la mano y escupiendo los huesos. Estaba inquieto y su corazón batía fuertemente. De pronto, muy cerca, las ramas se apartaron y apareció la cara sombría de espesas cejas de Vistsit que, trastornada, avanzaba cautelosamente. Cuando Zizi avanzó, la pobre Vistsit se espantó pensando que no fuera una serpiente o un animal peligroso, pero enseguida, al reconocerlo, se echó a sus brazos. “*Kha.ab-yah-yah-ouh-voh-voh*”, gritaba.

Un pájaro nocturno emprendió el vuelo. Vistsit presentía, por su instinto animal, que sus devaneos amorosos durarían poco pues su padre no tardaría en separarlos.

“*¡Waboû Waboû!*” la consolaba Zizi con voz dulce. “*Estoy aquí*” le susurraba abrazándola. Este gesto, imperfecto y torpe aún, desvelaba un sentimiento primitivo, una necesidad física, ya poética, romántica.

el fruto, y una vez acabado aulló de placer – *!Zizi waboú... Zizi Waboú; ¡Te amo Zizi!*” – tan fuerte que el eco devolvió su frase. La luna se abrió paso entre las nubes, iluminando un modesto riachuelo que corría hacia un pequeño lago al pie de Damavand. Este lago parecía angostarse, la vegetación que lo rodeaba se desecaba y los pájaros habían huido. Sin embargo, el cielo despejado hizo nacer en estos corazones simples una suerte de misteriosa alegría que no llegaban a comunicarse.

De pronto, un movimiento inesperado agitó las ramas: un uro se acercaba a beber. Para los jóvenes amantes eso fue una distracción. El animal remojó su hocico y el agua le goteaba. Calmada su sed, miró a su alrededor y regresó por donde había venido. Zizi y Vistsit salieron despacio de su escondite. Ahora se distinguían perfectamente las estrellas, el majestuoso Damavand, con la cima

ciendo de dicha. Algunas gotas de leche cayeron sobre sus pechos y Zizi, con su espesa lengua, se puso a lamerlos, estrechando de nuevo a la hembra entre sus brazos. Vistsit se apartó para mejor gustar el fruto, y una vez acabado aulló de placer – *!Zizi waboú... Zizi Waboú; ¡Te amo Zizi!*” – tan fuerte que el eco devolvió su frase. La luna se abrió paso entre las nubes, iluminando un modesto riachuelo que corría hacia un pequeño lago al pie de Damavand. Este lago parecía angostarse, la vegetación que lo rodeaba se desecaba y los pájaros habían huido. Sin embargo, el cielo despejado hizo nacer en estos corazones simples una suerte de misteriosa alegría que no llegaban a comunicarse.

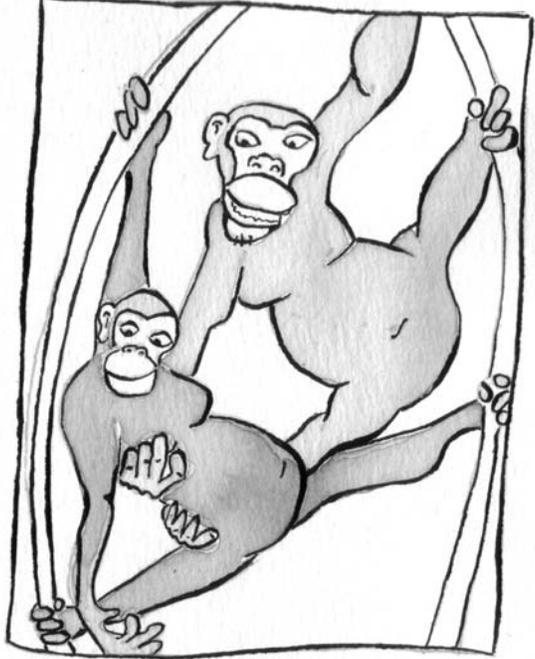
De pronto, un movimiento inesperado agitó las ramas: un uro se acercaba a beber. Para los jóvenes amantes eso fue una distracción. El animal remojó su hocico y el agua le goteaba. Calmada su sed,

brazos y el pecho generoso de Vistsit le parecieron de una extraordinaria belleza. Había comido bien, sus músculos se habían recalentado, su sangre le devolvía todo su vigor. El perfume de Vistsit lo embriagaba de tal manera que sentía la necesidad de brincar, de divertirse.

Entonces tomó a la hembra en su espalda, dio algunos gritos de gozo, corriendo y saltando al tiempo que observaba hacia atrás con inquietud. Su algazara hacía huir a los pájaros. De vez en cuando la reposaba en el suelo y se agarraba a las ramas balanceándose con presteza, como si quisiera darse en espectáculo a Vistsit. Luego volvía a ella, le cogía la mano, la forzaba a rodar por el suelo corriendo alegremente. Estos gestos, tan armoniosos, devolvían la vida a los árboles helados del bosque. Todo su esqueleto –sus rodillas flexionadas, sus largos brazos, sus poderosas

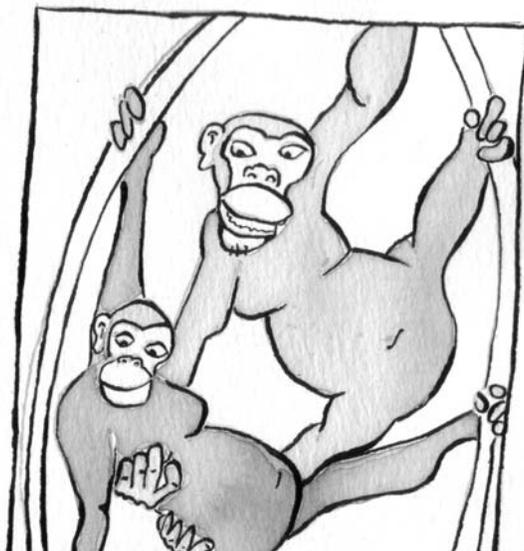
cubierta de una espesa humareda de color naranja que se reflejaba en la superficie del lago. Los ojos de Zizi expresaban una intensa dicha. La prominente mandíbula, la tez cobriza, los largos brazos y el pecho generoso de Vistsit le parecieron de una extraordinaria belleza. Había comido bien, sus músculos se habían recalentado, su sangre le devolvía todo su vigor. El perfume de Vistsit lo embriagaba de tal manera que sentía la necesidad de brincar, de divertirse.

Entonces tomó a la hembra en su espalda, dio algunos gritos de gozo, corriendo y saltando al tiempo que observaba hacia atrás con inquietud. Su algazara hacía huir a los pájaros. De vez en cuando la reposaba en el suelo y se agarraba a las ramas balanceándose con presteza, como si quisiera darse en espectáculo a Vistsit. Luego volvía a ella, le cogía la mano, la forzaba a rodar por el suelo



16

extremidades que le permitían colgarse a las ramas con la ayuda de sus manos— danzaba en ósmosis con el bosque.



cruel dormía allí y que dejaban tras ellos los frutos que habían saboreado, un abrigo mullido y el recuerdo de sus juegos infantiles.

“*Quiçaquiqui...*” murmuró Vistsit. Zizi la cogió entre sus brazos pero la soltó enseguida; sus efusiones sentimentales eran repentinas y de corta duración. Todo su amor se refugiaba en sus ojos y por la mirada se lo comunicaban. Pronto reemprendieron sus alegres piruetas dirigiéndose hacia un destino desconocido. Vistsit tenía una confianza absoluta en los poderosos brazos de Zizi, el mismo que le procuraba los frutos.

* * *

Una pálida estrella centelleaba todavía al levantar el día. El horizonte se vestía de un color lechoso. Los árboles y el volcán se reflejaban en el

17

Así, apreciando el paisaje del Damavand en el claro de luna, unidos inocentemente uno al otro, se alejaban del valle de Quiça el matador de tigres, el valle del padre de Vistsit. Sabían que este padre cruel dormía allí y que dejaban tras ellos los frutos que habían saboreado, un abrigo mullido y el recuerdo de sus juegos infantiles.

“*Quiçaquiqui...*” murmuró Vistsit. Zizi la cogió entre sus brazos pero la soltó enseguida; sus efusiones sentimentales eran repentinas y de corta duración. Todo su amor se refugiaba en sus ojos y por la mirada se lo comunicaban. Pronto reemprendieron sus alegres piruetas dirigiéndose hacia un destino desconocido. Vistsit tenía una confianza absoluta en los poderosos brazos de Zizi, el mismo que le procuraba los frutos.

* * *

cima subía una humareda ahora negruzca, se erguía amenazador.

Al despertarse, Quiçaquiqui llamó a su hija con un espantoso rugido. Al no verla, empezó a aullar, apenando a los demás simios sin que por esto ninguno viniera en su ayuda, ya que todos temían a Zizi y a sus poderosos brazos y sabiendo que estaba con Vistsit ninguno de ellos estaba dispuesto a medirse con él.

Con la tarde llegó un lote de sorpresas: por dos veces consecutivas la tierra tembló y el Damavand tronó, eructando azufre y cenizas. Aterrados, los animales huyeron hacia bosques lejanos, mientras los simios se juntaban en el claro del bosque con la esperanza de ser guiados por su jefe Quiçaquiqui a un lugar seguro. Machos, hembras y crías se acurrucaban unos contra otros.

pequeño lago. Una ligera brisa expandía el perfume de las flores y hojas en descomposición. Poco a poco el sol dorado subía al cielo, anunciando un día apacible, sin nubes. Pero el Damavand, a cuya cima subía una humareda ahora negruzca, se erguía amenazador.

Al despertarse, Quiçaquiqui llamó a su hija con un espantoso rugido. Al no verla, empezó a aullar, apenando a los demás simios sin que por esto ninguno viniera en su ayuda, ya que todos temían a Zizi y a sus poderosos brazos y sabiendo que estaba con Vistsit ninguno de ellos estaba dispuesto a medirse con él.

Con la tarde llegó un lote de sorpresas: por dos veces consecutivas la tierra tembló y el Damavand tronó, eructando azufre y cenizas. Aterrados, los animales huyeron hacia bosques lejanos, mientras

la piel del cráneo arrugada, tan sólo guardaba un talante solemne. Parecía tan espantoso como un loco escapado de una pesadilla.

Se dirigió hacia una roca que escaló con la ayuda de su bastón. Batiendo su amplio pecho, gritó: «¡*Kha-ab-kha-ab-ouah, ouah, ouah!*» Con los ojos inyectados en sangre, rompió una rama de castaño. «*Hi hi, ya ou Quiçaquiqui, empezó, Dahaqui ya ou yiyi, kha-ab-ab Zizi Vistsit roukou, Quiçaquiqui, rata you hi vig lutic vah, vah...*» Le faltaban las palabras. Intentó hacerse entender con gestos, se repetía, babeaba abundantemente y echaba gritos ensordecedores.

«Soy Quiça el matador de tigres, el que os liberó. Mi barba es la más larga. He soportado más inviernos que vosotros. Tengo experiencia. Conozco el lenguaje de las estrellas y el de los ríos. Dahaqui ha desobedecido. Su hijo Zizi ha robado mi hija Vistsit y por esto la tierra tiembla. La tierra

La llegada improvisada de Quiçaquiqui al valle causó una penosa impresión. Apoyado en un grueso bastón, hirsuto, la barba gris, los ojos rojos a causa del insomnio, el bezo más caído que nunca, la piel del cráneo arrugada, tan sólo guardaba un talante solemne. Parecía tan espantoso como un loco escapado de una pesadilla.

Se dirigió hacia una roca que escaló con la ayuda de su bastón. Batiendo su amplio pecho, gritó: «¡*Kha-ab-kha-ab-ouah, ouah, ouah!*» Con los ojos inyectados en sangre, rompió una rama de castaño. «*Hi hi, ya ou Quiçaquiqui, empezó, Dahaqui ya ou yiyi, kha-ab-ab Zizi Vistsit roukou, Quiçaquiqui, rata you hi vig lutic vah, vah...*» Le faltaban las palabras. Intentó hacerse entender con gestos, se repetía, babeaba abundantemente y echaba gritos ensordecedores.

«Soy Quiça el matador de tigres, el que os liberó. Mi barba es la más larga. He soportado más

Dahaqui sigue con vida. Por culpa de Dahaqui la luna viste de rojo, la montaña hace *domba domba*, la tierra tiembla. La tierra matará a todo el mundo...»

Los simios, bajo el efecto del discurso de Quiça y olvidando el ruido sordo del volcán y los temblores de la tierra, se desenfrenaron. Apoyándose en su bastón, Quiçaquiqui se sentó sobre una roca y miró cómo los simios se lanzaban a la guarida de Dahaqui y lo sacaban junto a su mujer y su hija. Ciego de un ojo y con la cara ensangrentada, Dahaqui gemía de dolor. Su hija se refugió en los brazos de su madre, escondiendo su cabeza entre sus pechos, mientras Quiça, soñoliento, esperaba el fin de su venganza. De repente estalló un gran tumulto: cuatro enormes simios cogieron a Dahaqui por los miembros y lo subieron a los pies de su jefe. Dahaqui intentaba desprenderse de los agresores. Los aullidos de

mata porque yo, que tengo la barba más larga, he sufrido una injusticia. Hay que matar a Dahaqui y traerme a su hija Taqua. Para mí sus frutos, para mí todas las hijas. Si las fuentes se secan es porque Dahaqui sigue con vida. Por culpa de Dahaqui la luna viste de rojo, la montaña hace *domba domba*, la tierra tiembla. La tierra matará a todo el mundo...»

Los simios, bajo el efecto del discurso de Quiça y olvidando el ruido sordo del volcán y los temblores de la tierra, se desenfrenaron. Apoyándose en su bastón, Quiçaquiqui se sentó sobre una roca y miró cómo los simios se lanzaban a la guarida de Dahaqui y lo sacaban junto a su mujer y su hija. Ciego de un ojo y con la cara ensangrentada, Dahaqui gemía de dolor. Su hija se refugió en los brazos de su madre, escondiendo su cabeza entre sus pechos, mientras Quiça, soñoliento, esperaba el fin de su venganza. De

sus entrañas y se abalanzó sobre este enemigo que le había robado todo. Pero lo tiraron al suelo. Con el rostro bañado en sangre y en sudor, se retorció de dolor bajo los bastonazos que le propinaban los grandes simios, mientras otros lo lapidaban. Los gritos de Dahaqui se espaciaban y, a cada gemido la sangre corría con más fuerza hacia su pecho. Ahora, su pesada mandíbula colgaba con sus potentes dientes rotos. Ahogado, escupía sangre, lo cual excitaba a los otros simios. Con este espectáculo nacía en ellos un sentimiento indefinible compuesto de angustia y de gozo. Taqua, una niña que no había conocido más que diez inviernos se pegaba a los brazos de su madre. Cuando las separaron, brincó a un castaño, aullando pálida y temblorosa. Tenía una espesa cabellera gris, algunos pelos rojizos y el pelo de su dorso era casi blanco. Lo llevaron a la fuerza junto al viejo Quiça.

alegría se juntaban con los gritos de cólera y de dolor. Después dejaron a los pies de Quiça al resto de la familia. Fue cuando Dahaqui el tuerto, al apercibir a Quiça, gritó desde lo más profundo de sus entrañas y se abalanzó sobre este enemigo que le había robado todo. Pero lo tiraron al suelo. Con el rostro bañado en sangre y en sudor, se retorció de dolor bajo los bastonazos que le propinaban los grandes simios, mientras otros lo lapidaban. Los gritos de Dahaqui se espaciaban y, a cada gemido la sangre corría con más fuerza hacia su pecho. Ahora, su pesada mandíbula colgaba con sus potentes dientes rotos. Ahogado, escupía sangre, lo cual excitaba a los otros simios. Con este espectáculo nacía en ellos un sentimiento indefinible compuesto de angustia y de gozo. Taqua, una niña que no había conocido más que diez inviernos se pegaba a los brazos de su madre.

de placer. Su larga barba, su frente saliente y sus buches debajo de los ojos lo volvían grosero y terrorífico. A fin de calmar a Taquia, que se resistía, la gratificó con una bofetada. Asustada, se calló en seco y se puso a despiojarle, mientras el viejo se delectaba con el suplicio de Dahaqui y su mujer.

Por fin, Quiça había conseguido su objetivo: había aniquilado a su rival y se había hecho con sus bienes. No sólo mataban ante sus ojos a su mujer sino que su joven hija, dócil le acariciaba tan tiernamente como si se tratara de su padre, y lo despojaba de los pequeños parásitos. ¿Qué más podía pedir? Feliz, le caía la baba. Los gritos de Dahaqui eran cada vez más débiles hasta que cesaron definitivamente. Después de unos sobresaltos, cayó sin vida junto al cadáver de su esposa. Los simios le abrieron el vientre y le arrancaron las entrañas, repartiéndoselas a pedazos.

Al mismo tiempo, ante la mirada de su marido Dahaqui torturaban a Ritiqui con los clamores de júbilo de los asistentes. Quiça, cogió a Taqua y la apretó entre sus largos brazos. Sus ojos brillaban de placer. Su larga barba, su frente saliente y sus buches debajo de los ojos lo volvían grosero y terrorífico. A fin de calmar a Taquia, que se resistía, la gratificó con una bofetada. Asustada, se calló en seco y se puso a despiojarle, mientras el viejo se delectaba con el suplicio de Dahaqui y su mujer.

Por fin, Quiça había conseguido su objetivo: había aniquilado a su rival y se había hecho con sus bienes. No sólo mataban ante sus ojos a su mujer sino que su joven hija, dócil le acariciaba tan tiernamente como si se tratara de su padre, y lo despojaba de los pequeños parásitos. ¿Qué más podía pedir? Feliz, le caía la baba. Los gritos de Dahaqui eran cada vez más débiles hasta que

brincando a los árboles se columpiaban. Los cadáveres de Dahaqui y de su mujer, pisoteados y ensangrentados yacían con las costillas rotas. La fiesta duró hasta la puesta del sol bajo los ojos huidizos de Taqua, que continuaba despiojando a Quiça, el cual, orgulloso de su nueva conquista, observaba el espectáculo.

Cuando acabó el tumulto, Quiça se levantó majestuosamente, y regresó piano piano a su guarida, mientras los otros se dispersaban.

Pero esta gloria duró poco. Justo entonces, el Damavand retumbó con fuerza y la tierra se puso a temblar. El volcán escupía una humareda negruzca que cubría el cielo, propagando un gusto a cenizas, vertiendo una lava oscura mezclada con azufre fundido. No se veía más que las llamas que salían de la boca del volcán, el agua que se evaporaba, los árboles ardiendo, y todo el bosque

Este fue el primer crimen del legislador de la barba blanca y la primera vez que engañó a sus congéneres. Todos estaban ebrios con el olor de la sangre. Los pequeños se dividían las tripas y, brincando a los árboles se columpiaban. Los cadáveres de Dahaqui y de su mujer, pisoteados y ensangrentados yacían con las costillas rotas. La fiesta duró hasta la puesta del sol bajo los ojos huidizos de Taqua, que continuaba despiojando a Quiça, el cual, orgulloso de su nueva conquista, observaba el espectáculo.

Cuando acabó el tumulto, Quiça se levantó majestuosamente, y regresó piano piano a su guarida, mientras los otros se dispersaban.

Pero esta gloria duró poco. Justo entonces, el Damavand retumbó con fuerza y la tierra se puso a temblar. El volcán escupía una humareda negruzca que cubría el cielo, propagando un gusto

Y durante todo este tiempo, en un bosque lejano, Vistsit y Zizi dormían apaciblemente, abrazados tiernamente a una elevada rama. Habían olvidado hasta el recuerdo del valle de Quiçaquiqui.



parecía una forja. Los ruidos sordos de la montaña se mezclaron con los gritos de angustia de los animales cuando Quiçaquiqui y su horda de hombres-mono fueron engullidos por la tierra.

Y durante todo este tiempo, en un bosque lejano, Vistsit y Zizi dormían apaciblemente, abrazados tiernamente a una elevada rama. Habían olvidado hasta el recuerdo del valle de Quiçaquiqui.

